

reciban y crean la doctrina de los Padres si quieren venir al cielo, y ven luego, que aquí te espero.» Luego que dijo esto, vinieron á mí aquellos mancebos hermosos que eran los ángeles, y me volvieron al cuerpo y me hallé viva como me veis; pero quisiera volverme luego.» El Padre le dijo: «Confía, hija, que volverás presto, como te lo ofreció aquella Señora que viste, pero es necesario que cumplas primero tu embajada y digas á todos lo que te mandó dijese.»

Pusieronla en la cama, y á la fama del milagro vino gran número de gente de toda la comarca; y no cesaba de predicarles lo que había visto y oído, persuadiéndoles que dejasen la falsa secta de Mahoma y recibiesen la fe santa de Cristo, porque no podrian entrar en el cielo si no la recibian.

Dieron crédito á sus palabras un gran número de familias, y dejaron no solo su secta, sino sus tierras, y se vinieron á vivir entre los cristianos, para gozar de las Misas y santas predicaciones y conversacion de los fieles; y la buena india, pasados tres dias despues de su resurreccion, un sábado, día de nuestra Señora, que la había resucitado para predicar la fe católica á los suyos, cerró los ojos á esta miserable vida para abrir los del alma en la otra y ver á Dios eternamente en su gloria.

Grande fué el gozo que tuvo el bendito P. Alejandro con este suceso milagroso, por el cual dió infinitas gracias á Dios y á la Santísima Virgen, por cuyo medio se había obrado, para conversion y dicha de toda aquella morisma tan incrédula y rebelde á la fe santa de Cristo.

El entierro se hizo con toda la autoridad y grandeza posible; el crédito de nuestra santa fe fué grandísimo en aquellas islas, y el que tuvo de allí adelante el P. Alejandro que la predicó, con inmenso fruto de las almas que recibieron el santo Bautismo, y Dios le acreditó más con otras obras admirables que obró por su medio, de que pondremos aquí algunas.

Sea la primera la que obró con una india á quien había mordido una víbora, de que hay gran cantidad en aquellas islas y muy ponzoñosas; porque raro ó ninguno escapa con la vida de sus mordeduras. Esta pobre india estaba toda hinchada, con vehementísimos dolores que la pusieron en los últimos alientos de la vida, sin hallar remedio ni medicina á tan eficaz y mortífero veneno.

Estando, pues, agonizando, llegó el P. Alejandro y le echó agua bendita, díjole los Evangelios y aplicóle un poco de tierra de S. Pablo que traía consigo, invocó con grande afecto el nombre de Jesus y de María, y con esta celestial triaca perdió la fuerza el veneno y quedó sana la india, como si nunca hubiera estado enferma, con grande admiracion de los indios y gozo de los cristianos, viendo cumplida la promesa de Cristo cuando dijo á sus

discípulos que pisarian las víboras y serpientes, y serian superiores á su veneno y darian salud á los enfermos poniéndoles la mano encima.

Este milagro se divulgó por la isla, y á la fama vinieron muchos mordidos de víboras y serpientes, y les dió salud con la misma medicina, con que ganó tanta opinion, que le miraban todos como á una deidad ó á un santo bajado del cielo para remedio suyo, y como de tal recibian su doctrina y se convertian muchos á la fe de Jesucristo, que por medio de sus ministros obraba tales maravillas.

Dióle tambien Dios poder sobre los demonios, como le dió á los Apóstoles para lanzarlos de los cuerpos y librar á los hombres de su cruel tiranía, como se vió en las islas de Joló, adonde el Padre predicaba. Las cuales, cuando vino á ellas, eran infestadas de los espíritus infernales, como señores que eran de sus habitantes; aparecianles en diversas figuras de serpientes, dragones, tigres, leones y gigantes disformísimos, con que se hacian temer y adorar como por fuerza de aquella ciega gente, á quien tenian sujetos á fuerza de miedo.

El santo Padre tomó por su cuenta librarlos de aquella tiranía, haciendo primero fervorosa oracion á Dios y mucha penitencia, porque, como dijo Cristo, este género de demonios no se vence sino con oracion y ayunos: luego roció con agua bendita la tierra adonde solian aparecer, y enarboló el estandarte salutífero y siempre vencedor de la cruz de Cristo: y fué cosa admirable, que aquella infernal canalla se dió luego por vencida, desampararon la isla y nunca más infestaron á sus moradores, los cuales dieron infinitas gracias al Padre por tan grande beneficio.

El varon apostólico tomó ocasion de aquí para predicarles el Evangelio y la virtud de la santa cruz y los misterios de Cristo, cómo los ídolos que adoraban eran los demonios que los perseguian: alumbrados con esta luz se convirtieron muchos y llevó una grande cosecha de almas al cielo.

A la fama de esta maravilla que voló por aquel archipiélago, vinieron de otra isla cercana, sujeta al rey de Joló, á pedirle que fuese á libertarlos de un demonio astutísimo y cruelísimo que tomaba varias figuras, y la más ordinaria era de serpiente ó culebra formidable, de tan extraña grandeza, que ocupaba el mar de isla á isla, impidiendo el paso á las canoas y el comercio y navegacion y ahogando á cuantos se atrevian á pasar y no se aplacaba hasta que le ofrecian muchos sacrificios.

Dolióse el siervo de Dios de tan lastimosa calamidad y de la tiranía que el demonio usaba con aquellos pobres indios; fué con ellos á su tierra y rocióla con el agua bendita, y luego enarboló el victorioso estandarte de la santa cruz adonde el demonio solia aparecer y le ofrecian los sacrificios; y fué Dios ser-

vido, que á vista de su sagrada imágen huyó aquel infernal espíritu y nunca más apareció ni hizo daño á los moradores de la isla, con que viéndose libres de tan grande opresion y tiranía, adoraron el sagrado madero de la cruz de Cristo y recibieron el bautismo, que para estos fines obra Dios los milagros en estos tiempos como los obró en los antiguos; con esto creció el crédito y estimacion entre todos del predicador apostólico, por cuyo medio obró tales maravillas.

Movidos, pues, con la fama de estas obras y la opinion que en todas partes tenia, vinieron de muchas islas á pedirle remedio contra la sugestion de los demonios, que no cesaban de vejarlos en sus tierras y fuera de ellas, entre los cuales vino un moro de Joló, grande hechicero y amigo de Satanás, que padecía como los demas espantos, y terrores, y malos tratamientos de los demonios, que estos regalos dan á sus amigos.

Llegado á la presencia del P. Alejandro, le dijo cómo estando en una isla en que tenia enterrado su tesoro, salieron ejércitos de demonios en varias y espantosas figuras y le acometieron con furor, y él espantado y temeroso se había vuelto en su canoa, y que movido de la codicia de su tesoro, había vuelto segunda y tercera vez, y le había sucedido lo mismo; que si tenia algun remedio se le diese contra aquellos infernales espíritus. Sí tengo, respondió el Padre, y será fácil vencerlos si haces lo que te diré. Ofreció el moro de hacerlo, y el P. Alejandro, dijo: «Pues toma este Rosario, en que tenia un Crucifijo de bronce, y échatele al cuello, y si te salieren los demonios, ten ánimo, y toma en la mano el santo Crucifijo, que es imágen del Dios de los cristianos, que murió en una cruz por redimirnos y libertarnos de la tiranía de los demonios, los cuales huirán en viéndole y síguelos y diles: *¿Por qué huís de un poco de bronce?* y está atento á lo que te respondieren.»

Obedeció el moro al Padre, y, con la codicia de su tesoro, volvió á la isla armado con el Rosario y el Cristo de bronce.

En saltando en tierra, le acometió un ejército de demonios en figuras de animales fierísimos; el moro tomó la Cruz en la mano y la mostró á los demonios, los cuales se retiraron huyendo de ella, y él les dijo: *¿Por qué huís de un poco de bronce?* «No es bronce solo,» respondieron, «si no la imágen del Crucificado que humilló nuestra soberbia; deja las cuentas y la cruz, y verás lo que te sucede.»

El moro viéndolos huir, cobró ánimo, y sacó su tesoro y le embarcó en su canoa, y pareciéndole que estaba libre y seguro, se quitó el Rosario del cuello, porque estaba tan obstinado en su perfidia, que habiendo recibido tan grande bien por su medio, no le queria traer por ser insignia de cristiano.

Pero por su mal, porque al punto que se le quitó, le cercaron los demo-

nios en figuras de tortugas muy disformes, que acometieron á la canoa para hundirla y anegarle con ella.

Viéndose en tal conflicto, abrazó con presteza la imágen del santo Crucifijo, y opúsole á aquella legion de infernales espíritus, los cuales desaparecieron luégo, y él, armado con aquel arnés fortísimo, llegó á su tierra victorioso; pero fué cosa lamentable, que viendo tan evidente maravilla obrada por la imágen de Cristo, el moro y hechicero se quedó en su perfidia sin ser posible reducirle, por más que el santo P. Alejandro le predicó y le dijo. Respondia á todo, que si la ley de los cristianos era buena, tambien lo era la suya, y que no queria dejar sus ritos y sus mujeres, que son las cadenas con que el demonio tiene presos y cautivos á esta gente, tan arraigada en sus vicios; pero consoló Dios al Padre, como á Cristo la conversion del ladron, cuando perdió á Judas, dándole á una hija de este moro llamada Indica, la cual oyendo lo que su padre refirió, y la fuerza que tenia contra los demonios la imágen del santo Crucifijo, le adoró por verdadero Dios y se convirtió á nuestra santa fe, recibiendo el santo bautismo.

A esta nueva cristiana sucedió un caso, que no es justo sepultar en silencio, y fué, que estaba casada con un moro tan grande hechicero como su padre, y tan vicioso como él. Estaba amancebado públicamente, y viendo á su mujer cristiana, no hacia vida con ella. El P. Alejandro le reprehendió sus vicios, amenazándole si no se enmendaba, con la Justicia divina. Aterrorizado con esto se retiró por algun tiempo de aquella mala amistad; pero volvió muy presto al vómito, como animal inmundo; mas no tardó el cumplimiento de la amenaza que el siervo de Dios le hizo, porque vino á él un demonio del infierno, el cual hablando con voz clara y alta que la oyeron muchos, dijo: «¿Cómo no cumples lo que el Padre te ha dicho?» Y diciendo y haciendo, le echó un lazo al cuello, y le ahogó, y llevó su alma al infierno, con gran espanto y temor de los indios, los cuales le cobraron tan grande al P. Alejandro, que en todo le obedecian, y no se atrevian á hacer guerra ni acometer á los castillos adonde sabian que estaba, dándose á su presencia por vencidos.

V

Eligenle por Rector de Mindanao, y lo que obró en su gobierno.

Teniendo los Superiores noticia de lo que el bendito Padre obraba en las islas de Joló y del gran caudal de espíritu y prudencia de que Dios le había dotado, le señalaron por Rector de Zamboanga y Superior de todos los de la Compañía que moraban en Mindanao.

Admitió el siervo de Dios esta obediencia con más gusto de los súbditos que suyo, porque siempre le tuvo en obedecer y no mandar; pero fuéle forzoso sujetar el cuello al yugo de la obediencia, que puso aquella carga sobre sus hombros, y en recibéndola, lo primero que estableció, fué ir como buen capitán delante de todos en la observancia regular, persuadido que el ejemplo era la mayor y más eficaz persuasión para los súbditos.

Era el primero en la oración y obediencias, en el trabajo y ministerios, tomando las cargas más pesadas por aliviar á los demás.

Dormía poco, velaba mucho, ayudaba á todos y era como el alma de la comunidad, que estaba todo en todo y todo en cualquiera parte.

Era liberalísimo con todos, así de casa como fuera, cuidando de su comida y vestido, de su habitación y comodidad, sin perdonar á gasto ni á trabajo, porque no les faltase nada y estuviesen todos gustosos: que cuando falta lo temporal á los súbditos, mal se pueden gobernar: y aconteció tal vez por sólo traer un regalo de unas frutas enviar por ellas á otras islas distantes en barcas á su costa, por dar aquel gusto á quien las apetecía.

Cuando admitió el Rectorado, no tenían templo ni casa de provecho; el colegio estaba tal que no tenía más que el nombre; y la grandeza de ánimo del nuevo Rector, junta con su confianza en Dios, fué tal que emprendió y acabó lo que parecía imposible, atendiendo á su pobreza y poca posibilidad, y con el favor de Dios y de S. Francisco Javier, que era toda su esperanza, allegó limosnas y edificó iglesia y casa competente para los ministerios y habitación de los religiosos.

Fuera de esto labró una casa de campo con tierras de labor, ganado y esclavos para su conservación y sustento del colegio; y era cosa admirable las limosnas que daba á cuantos pobres llegaban á sus puertas, aunque fuesen infieles, estando metido en tantas obras; porque ninguno enviaba desconsolado y á todos contentos.

Entre otras obras que hizo, fué una digna de su espíritu, de gran servicio de Dios, y no menor edificación, y fué un colegio ó casa en que recogió grande número de niños de los indios, á quien enseñaba la doctrina cristiana y los ritos y costumbres de la Iglesia, á servir á las Misas y officiar en el coro, el canto y las oraciones, industriándolos con santa enseñanza, los cuales creciendo, fueron la levadura que sazonó la masa de aquella gentilidad con grande usura y fruto de sus almas.

Y para que esta obra fuese permanente, plantó una viñatería de nipas, que son como las vides de Europa, y se dan en aquella tierra en abundancia, que sustentados el colegio y las personas que cuidaban de aquellos tiernos infantes, montaba muchos millares de ducados. Y Dios manifestamente echaba

su bendición sobre todo, porque, al paso de su confianza, cuanto más gastaba más le daba: que la confianza en su providencia y piedad es la medida de sus misericordias y favores.

Sucedíole no haber para el sustento de más de cien personas, entre grandes y pequeños, más de un caban de arroz, que es ménos que un barril de aceitunas de Europa, y sacando de él un mes entero, sustentó aquella multitud de gente, sin que faltase en todo aquel tiempo, ni se disminuyese, porque siempre le hallaban lleno, multiplicándole Dios á la medida de su confianza; y cuando trujeron la provision para el colegio, le hallaron tan colmado como al principio; cuando comenzaron á gastar de él, con admiración de todos, que dieron muchas gracias á Dios por tan señalada merced.

Otras providencias semejantes tuvo en nombre de las santas almas del Purgatorio de quien era muy devoto, y les ofrecía muchas Misas y sufragios. Entre las cuales fué una, que no teniendo qué comer ni para sí, ni para los que estaban á su cargo, oró á las ánimas, y en su nombre hizo lanzar unas nasas en la mar, y las sacaron llenas de peces los más regalados que se cogían en aquella ribera.

Hallándose otra vez en una fortaleza con semejante necesidad, oró á Dios y á las santas ánimas que intercediesen con su divina Majestad, y luégo entró por las puertas un ciervo de extraña grandeza, y se detuvo hasta que le cogieron, y fué el remedio de aquella necesidad, enviándole Dios por la confianza que su siervo tenía siempre en su bondad.

Navegando otra vez por aquel mar, les faltó el agua á los pasajeros que eran muchos, y el bendito Padre hizo llegar la embarcación á tierra, adonde solía haber un pozo: halláronle ciego, cubierto de la broza de los árboles, mas no por eso desfalleció su confianza. Hízole descubrir, y gustando el agua, la hallaron salobre como la de la mar: entónces el siervo de Dios hincó las rodillas en tierra, y clavados los ojos en el cielo, oró á la divina Majestad, suplicándole con lágrimas que fuese servido de socorrer aquella necesidad.

Hecha esta breve oración, mandó sacar el agua del pozo, y se halló dulce y sabrosa, como la pudieran desear, y llenaron las vasijas de la nave, y dieron todos muchas gracias á Dios y al santo Padre por tan singular merced como habían recibido por su mano de la divina Bondad.

De esta manera y con tan admirables prodigios favorecía Dios á su siervo y acreditaba con todos su grande santidad: y no extrañarían los que la conocieran, que recibiese tales mercedes del Señor, porque le fué siervo fidelísimo, y cada día se esmeraba más en su servicio y en el aprovechamiento de su alma.

Otros con el tiempo y el divertimento de las ocupaciones exteriores sue-

BIBLIOTECA CENTRAL

len aflojar en el estudio de la propia perfeccion; pero este santo mártir cada día crecía con ellas más, y el fervor que sacó del noviciado le aumentó en los ministerios, y en el gobierno, y en las empresas que tuvo, nunca perdiendo de vista á Dios.

Y hablando en particular de sus virtudes podemos decir de su oracion, que era continua, porque de tal manera la hermanaba con la accion que siempre estaba orando, aunque estuviese trabajando, hablando con Dios en lo interior y conversando con los hombres en lo exterior.

La de la mañana tenia siempre en el coro, delante del Santísimo Sacramento, con tanto respeto y atencion como si estuviera en el cielo, en el acatamiento de Dios, y nunca la dejaba por muchas y grandes ocupaciones que tuviese, quitando del sueño del cuerpo para gozar el del alma en la quietud de la contemplacion; y ya sabian, que en no estando en los ministerios de las confesiones ó sermones ó catecismos de los infieles ó en el trabajo corporal, le habian de hallar en el coro en conversacion con Dios.

Aquel era el jardin de sus delicias, y el tálamo de su descanso, adonde se hallaba despues de las fatigas del día.

Oia todas las Misas que se decian en el colegio, que eran seis cada día, y decia la suya con tanto reposo y devocion que la ponía á todos los que la oian, y para ella se preparaba con oracion y confesion, que hacia todos los días; cada mes hacia confesion general, como si fuera para morir.

Fuera de esto, todos los años una ó dos veces se retiraba á la granja del colegio á hacer los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, sin dispensarse en esto por ningunas ocupaciones que tuviese; porque ninguna es de mayor importancia que la de la propia alma y el aprovechamiento de su espíritu.

La mortificacion y penitencia, hermanas de la oracion, fueron tales en el P. Alejandro, que ningun enemigo tuvo mayor que lo fué él de sí mismo, martirizándose con cilicios, disciplinas, ayunos, vigiliyas y penitencias en tanto grado, que los Superiores le tasaron por obediencia las penitencias, porque no acabara con su vida; porque no contento con las ordinarias que usan todos cada día, inventaba nuevas invenciones y modo de atormentarse.

De esto es buena prueba lo que certificó un indio llamado Agustin, criado desde niño en nuestro colegio, y fué, que un día le llamó á su aposento, y desnudándose el medio cuerpo, le mandó que le fuese lardeando las espaldas y los hombros, y lo restante que él no alcanzaba, con una vela ardiendo, cayendo las gotas de la cera encendidas, y abrasándole con doloroso tormento, que parece se disponia para su glorioso martirio, previniendo su fervosa caridad y el deseo de padecer por Cristo á los verdugos y tiranos, siéndolo él de sí mismo.

Y el mismo Agustin certificó, que á este modo se hizo herir y atormentar de otros indios, mandándoles que lo callasen, so pena de gran castigo.

¿Qué diré de su humildad y obediencia? Que no hubo hijo pequeño tan rendido á su padre, como lo estuvo siempre este siervo de Dios rendido á sus Superiores, reverenciando á Cristo en cualquiera que fuese.

Sentia bajamente de sí y altamente de todos, y con haberle dotado Dios de tan grandes talentos así de letras como de prudencia, magnanimidad y espíritu, todos juzgaba que le hacían ventaja y que le eran superiores; y así tomaba su consejo y deponia el suyo; y con ser tan diestro en las materias de espíritu, se sujetaba como un novicio á su confesor, dándole menuda cuenta de su conciencia y obedeciéndole en todo, y cuando habia de hacer Ejercicios llevaba un Padre consigo que le platicase la meditacion, como si él no la supiera.

No hubo oficio por humilde que fuese que no abrazase con grandísimo gusto, teniéndole siendo Superior en ayudar al cocinero, y al sacristan, y al portero, y él mismo en los caminos se hacia cocinero de todos y sus delicias eran conversar con los pobres y despreciados indios, regalarlos y agasajarlos para traerlos á Cristo.

Hija de su mortificacion fué su admirable paciencia, que hubo bien menester para tantas ocasiones como tuvo, ya con los gobernadores españoles, por defender los pobres indios recién convertidos, ya con los bárbaros moros, enemigos del nombre cristiano, con quien conversó tantos años y estuvo varias veces para morir á sus manos, portándose con todos con tanta paz y tan sin alterarse, que causaba admiracion á los mismos que le ofendían.

Y certifican los que le trataban, que siendo de su natural colérico y fogoso, mortificó de tal suerte sus pasiones, que le juzgaban por flemático los que le conocian, imitando en esto á su P. S. Ignacio, cuyas pisadas y ejemplo de vida siguió siempre, y siendo tan mortificado, fué lance forzoso que fuese manso y benigno, hallándole á todas horas templado y gustoso para negociar con él los súbditos.

En la virtud de la pobreza fué señaladísimo entre todos los religiosos, así en su vestido y comida como en todas las alhajas y cosas que usaba, propias de un pobre mendigo, tomando siempre para sí lo más viejo y desechado de la casa.

Atestigua esta verdad el P. Ignacio Zapata, Provincial que fué en Filipinas, en una carta escrita en seis de enero de mil y seiscientos y cincuenta y seis, al P. Francisco de Roa, á la ciudad de Manila, adonde dice así hablando del P. Alejandro: «Cuando le visité en Zamboanga, yendo un día á su aposento, no vi en él sino unos papeles de lengua y un breviario que de vie-

jo se le caían las hojas y estaba muy maltratado; dile uno nuevo y no le quería recibir, contentándose con su breviario viejo; fuera de esto, no había en su aposento, sino su cama pobre, sin petacas ni otras alhajas, porque era muy pobre.»

Este testimonio da su Provincial de la pobreza que siempre profesó, á medida de su profunda humildad y del gran desprecio que tuvo del mundo y sus riquezas, en medio de las indias, tratando con reyes y señores riquísimos, de los cuales jamás recibió cosa de precio ni para sí ni para enviar á sus padres ó parientes, porque todas sus riquezas eran las del cielo y pisar las de la tierra.

Por el mismo tenor pudiéramos discurrir por las demás virtudes de que estuvo adornado; pero esto baste para probar con cuánta razón Dios premió sus altos merecimientos, obrando por su medio las maravillas que dijimos y las que diremos adelante en crédito de su santidad, para las altas empresas á que le escogió, como ahora veremos.

VI

Elígense por único árbitro de la paz los gobernadores de Manila, para los reyes moros de Mindanao y Joló.

Aunque varias veces establecieron paces los gobernadores de Manila en nombre del rey nuestro señor con los reyes comarcanos; pero los holandeses que estaban en las Malucas, capitales enemigos de los españoles, los inquietaron y movieron á romperlas; y como ellos de su propia condición eran inconstantes y enemigos del nombre de Cristo, fácilmente las quebrantaban, deseando ocasiones de derramar la sangre de los cristianos.

Los moros tienen entendido que no pueden ganar sus jubileos sino matando cristianos; tal persuasión les ha hecho el demonio, con que los reyes de Mindanao y Joló tomaron las armas, invadieron las fortalezas que los españoles tenían en sus tierras contra las paces que habían establecido con ellos, como dijimos arriba.

Viendo esto el nuevo gobernador D. Diego Fajardo, que había sucedido á D. Sebastian Hurtado de Corcuera, que había asentado las paces, considerando el poco útil y grande gasto que tenían las fortalezas del rey en las tierras de dichos reyes y la dificultad de conservarlas, con acuerdo de su Consejo de Guerra, tomó la resolución de demolerlas; pero porque no pareciese cobardía y se hiciesen los enemigos insolentes, acordaron de hacer nuevas paces con ellos.

Para esto eligieron de comun consentimiento al P. Alejandro Lopez, Rector del colegio de la Compañía de Jesus de Zamboanga, como persona tan práctica en aquellos reinos, de tantas partes y tan estimado de todos, juzgando que no había hombre de mayores prendas en todo aquel reino y que con más valor, discreción y prudencia, pudiese hacer aquella embajada.

Escribióle el gobernador una carta tratándole con gran respeto y pidiéndole en nombre del rey y suyo, que tomase á su cargo aquel negocio que tanto importaba para el crédito de España, el servicio del rey y quietud de aquellas islas. También le escribió el P. Provincial para que fuese, y facultad para elegir el compañero que juzgase más á propósito para aquella empresa.

Recibido este orden y admitido el de su Prelado, como verdadero obediente, lo primero que hizo para establecer las paces, fueron Misas y sacrificios, oraciones y penitencias, para aplacar á Dios enojado justamente por nuestros pecados, exhortando á todos á la enmienda de la vida y á obligar á Dios para que nos diese acierto, que es el camino de acertar y de tener buen suceso.

Hecha esta diligencia, hizo tocar al arma en todas las fortalezas, traer armas y caballos y grande estruendo de guerra, alistando gente y preparando bastimentos con que se alborotó la tierra; echó voz que iban contra los reyes de Mindanao y de Joló, como quebrantadores de las paces, y que se armaban todos los españoles para destruirlos.

Los reyes sabido esto, temieron, y el de Joló tuvo tanto miedo, que desamparó su tierra y palacio, y se fué á una montaña fuerte.

Hecha esta diligencia con ardid de guerra, escribió á los dos reyes cartas muy corteses, diciéndoles que le pesaba mucho de la guerra que les movían los españoles, y que como amigo suyo les ofrecía, si gustaban, de impedir la y hacer que se renovasen las paces antiguas, y que olvidasen los agravios recibidos, y que él mismo iría en persona á establecer la paz con poderes del gobernador del rey, con buenas condiciones.

Los reyes, que no deseaban otra cosa, le respondieron con grande cortesía y agradecimiento, admitiendo los tratados de la paz y con mucho gusto su venida á sus tierras; y el de Joló añadió, que los españoles demoliesen las tres fortalezas que tenían en su tierra, porque no se daría por seguro de otra suerte; cosa, que como dijimos, tenía el gobernador resuelta.

Recibida tan favorable respuesta de ambos reyes, escribió segundas cartas en orden á que se viesen para establecer la paz, y el rey de Mindanao, como más sabio y ladino en estas materias, le envió sus embajadores con cartas para el P. Alejandro y para el gobernador de las fortalezas, pidiendo que viniese á sus tierras y que viéndose los dos establecerían la paz.

BIBLIOTECA CENTRAL